

ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

P. JOSÉ ROMÁN FLECHA ANDRÉS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

LA ESPERANZA ENCAPUCHADA

En el recuerdo de una infancia tempranísima, una mañana de Viernes Santo en la plaza de San Isidoro. La procesión pasa y yo voy reinterpreto los “pasos” a mi madre. Los vecinos preguntan cuántos años tengo y se asombran de que un niño reconozca los iconos de una historia de redención.

Diez años más tarde, recorro el mismo camino, revestido de una túnica morada y agitando un incensario que inunda de perfume la calle que un día recorriera de parida doña Jimena, la esposa del Campeador.

Veinte años más tarde, mi vivencia fundamental es la procesión del Cristo del Perdón. El ambiente de una comunidad ferroviaria. El orgullo de un barrio que vive siempre “más allá del río” y que trata de testimoniar su fe y sus esperanzas en el escenario ciudadano.

Muchos más años de ausencia por caminos del mundo. Y vuelvo a contemplar las procesiones desde el balcón impagable de las Benedictinas-Carvajalas. La plaza de Nuestra Señora del Camino -o del Grano, como siempre- es un escenario que remite a un pasado de peregrinos y de fe, de mercados y de hebreos.

Han aumentado las hermandades. Una parada en el Monasterio. Un Via-Crucis en el corazón de la noche. El escenario es único. La historia de redención ha cambiado de siglo y de milenio. La fe interpela y cuestiona en días de desgarró y desencuentros. Y la esperanza serpea encapuchada a sonos de clarín y redobles de tambores.

LAS COFRADÍAS, ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

1. El mundo de las hermandades y cofradías me es especialmente querido. En León, donde están mis raíces, pertenezco a la Cofradía del Santo Cristo del Perdón, radicada en la Iglesia parroquial de San Francisco de la Vega. Y en Salamanca, donde me acoge la comunidad universitaria, he sido incorporado como miembro honorífico a la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Flagelado.

Esa vinculación me ha abierto muchas otras puertas. Nunca podré olvidar, por ejemplo, la predicación de un solemne quinario en honor de Jesús del Gran Poder en Sevilla y mi participación en numerosos congresos sobre diversas hermandades. Uno de los últimos ha estado dedicado a la antigua devoción a Jesús de Medinaceli, que cuenta en León con una larga y piadosa tradición.

Esta cercanía me ayuda a considerar con un amor lúcido y esperanzado la vida de las hermandades y cofradías.

2. El día 10 de noviembre de 2007, el Papa Benedicto XVI dirigió un interesante discurso a la Confederación de Cofradías de las Diócesis de Italia. Allí recuerda la importancia y la influencia que éstas han ejercido en las comunidades cristianas ya desde los primeros siglos del milenio pasado. Ellas “han puesto de relieve algunos rasgos de la religiosidad popular vinculados a la vida de Jesucristo, especialmente a su pasión, muerte y resurrección, a la devoción a la Virgen María y a los santos. Además, casi siempre se han dedicado a obras concretas de misericordia y de solidaridad en favor de los pobres, los enfermos y los que sufren”.

Le dedicación al culto no ha impedido a las cofradías la dedicación al ser humano. Al contrario. Antes de que se hablase del voluntariado, “las cofradías han implica-

do a numerosos voluntarios, de todas las clases sociales, en una competición de ayuda generosa a los necesitados, cuando aún no existían formas estructuradas de asistencia pública”. A pesar del bienestar económico actual, todavía subsisten bolsas de pobreza. También en nuestros días la solidaridad nos interpela a todos.

Sin embargo, el Papa añade que “las cofradías no son simples sociedades de ayuda mutua o asociaciones filantrópicas, sino un conjunto de hermanos que, queriendo vivir el Evangelio con la certeza de ser parte viva de la Iglesia, se proponen poner en práctica el mandamiento del amor, que impulsa a abrir el corazón a los demás, de modo especial a quienes se encuentran en dificultades”.

Claro que ni la fe ni la caridad se improvisan. “Para comunicar a los hermanos la ternura providente del Padre celestial es necesario surtirse en el manantial, que es Dios mismo, mediante momentos prolongados de oración, mediante la escucha constante de su Palabra y mediante una existencia totalmente centrada en el Señor y alimentada con los sacramentos, especialmente la Eucaristía”.

3. Cofradías como las nacidas de la devoción al Cristo de Medinaceli pueden y deben recordarle a nuestra sociedad la necesidad de liberar a todas las personas de las cadenas que las mantienen cautivas. Para ello, hace falta que los cofrades no se limiten a vivir su “fraternidad” de forma anónima y puntual. Hace falta formarse para intentar cambiar las estructuras injustas de este mundo.

De esa forma, darán testimonio del amor de Dios que se ha manifestado en Jesucristo, nuestro Señor y nuestro Liberador.

